

se contentaron con estas lenguas muertas: escribía y hablaba en griego y en latín, pero cantó en francés.

Las poesías, cuya música él mismo componía, para que la pasión de que estaban animadas se comunicase por dos sentidos á la vez en el alma, fueron el manual de los poetas; se espaciaron con la rapidez de un eco que se multiplica por todos los corazones; fueron las delicias de las letras, el encanto de las mugeres, la lengua secreta de los amantes, el intérprete de los sentimientos no expresados, el canto popular de las ciudades, de los castillos, de las cabañas; llevaron el nombre del joven músico y del poeta familiar á todas las provincias de la Francia. Tuvo su gloria confidencial en el secreto del alma de todo lo que amaba, soñaba, suspiraba ó cantaba en la primavera de su vida. Una voz melodiosa, que añadía la vida y la palpitación á las palabras y á la música, una adolescencia precoz en renombre; una belleza griega, una estatura elevada y flexible, un andar magestuoso, una modestia, donde el pudor de la edad en contraposición con la madurez del talento le daban nuevos atractivos para la gloria. Era el sueño de los ojos, el oído y el corazón de las mugeres que le habían visto, ó que solamente habían oído pronunciar su nombre. De esta manera le retrata Eloisa mucho tiempo después de la ruina de sus ilusiones y de su amor.

Pero también él cantaba en sus versos precoces sentimientos que no experimentaba todavía. Sus poesías amorosas eran juegos de su imaginación, limitadas de los poetas antiguos. Tenían el acento del corazón, pero no brotaban de su seno; vivía á la sombra del estudio y de la piedad, arrullado con la perspectiva de la gloria. Sus cantos no eran para él más que un delicioso entretenimiento; la filosofía y la elocuencia es lo que absorbía su vida entera. Su palabra, modificada por la dificultad de los versos; su elocución, más armoniosa por la música; la fecundidad rica y espontánea de su pensamiento; la memoria alimentada de fuertes y universales lecturas; el brillo, la propiedad y la novedad de las imágenes en las cuales esculpía sus ideas para hacerlas palpables á sus oyentes, hacían de este joven, sentado al pie de las cátedras célebres de la universidad de París, el maestro de los maestros y el orador más escuchado y el más popular de las escuelas. Ahora bien; las escuelas de esta época del mundo eran el *forum* del género humano, era lo que la enseñanza, la ciencia, la religión, la opinión, la prensa, la tribuna fueron después. La palabra, apenas encontrada reinaba en el mundo; una sola autoridad la dominaba; era la iglesia. Pero la elocuencia, la filosofía y la fe, todas igualmente encerradas en el santuario, no se ejercían más que sobre unos mismos textos. No se luchaba en disputas ininteligibles hoy, más que para hacer triunfar la revelación por los argumentos de la razón profana, y para

llamar á Platon y á los filósofos en testimonio de Cristo y de los apóstoles.

Estas controversias son algunas veces ejercicios que fortifican por otras vías providenciales la razón humana y que dan al mundo grandes talentos y grandes reputaciones.

III.

El joven siguió la corriente de su siglo; subió á la tribuna de su tiempo, las cátedras de las escuelas públicas, en derredor de las cuales acudía el pueblo presuroso, entonces con tanto más interés, cuanto que salía de una ignorancia más profunda, y que esperaba no se sabe qué luz que comenzaba á lucir. Abelardo, en un principio dócil y humilde discípulo, se elevó poco á poco por los aplausos de sus oyentes hasta ponerse al nivel de los oráculos de la escuela, empleando la argucia y la elocuencia contra ellos. En fin, los confundió; fundó una escuela de filosofía en Melun, arrastró en pos de sí á la juventud fanática por su genio, conternó con su creciente popularidad á todos sus rivales, escitó la envidia de todos los hombres de letras de la universidad y de la iglesia, se retiró dos años después á la soledad de su tierra natal para recuperar sus fuerzas, y reapareció más fuerte, más célebre y más dominador en París. Sentó sus reales, es decir, su escuela, sobre la montaña, entonces casi solitaria, donde se eleva hoy el templo de Santa Genoveva.

Este fué el *monte Aventino* de un pueblo de discípulos que abandonaba las escuelas antiguas para venir á escuchar la palabra joven y atrevida de Abelardo. Cada uno de estos discípulos pagaba una módica cantidad al filósofo; era el humilde salario de un pueblo sediento de verdades. Este salario, multiplicado por el número incalculable de los oyentes, elevaba la fortuna de Abelardo tan alta como su fama; estaba en la flor de su edad, de su gloria y hasta de su virtud; pues hasta entonces no había conocido otra pasión que su pasión por la verdad y por la fe. El orgullo tan natural hacía aquel á quien los hombres escuchaban, y la voluptuosidad tan seductora hacía aquel á quien las mugeres admiraban, le exaltaron y le debilitaron á la vez. Esperábase un doble lazo en el momento en que tocaba á su madurez, á su genio y á su gloria.

Tenía entonces treinta y ocho años. Reinaba por la elocuencia sobre el ánimo de la juventud, por la belleza sobre la mirada de las mugeres, por sus poesías amorosas sobre los corazones, por sus melodías musicales cantadas por todas las bocas. Figurémonos en un solo hombre, el primer orador, el primer filósofo, el primer poeta, el primer músico de su

tiempo, Antinoüs, Ciceron, Petrarca, Schubert, en una misma celebridad, viviente y joven, y tendremos una idea de la popularidad de Abelardo en este período de su vida.

IV.

Había entonces en París un canónigo rico y poderoso de la catedral, llamado Fulberto, que vivía en el barrio sabio de la Cité. Fulberto tenía en su casa una sobrina (algunos dicen que era hija), amada por él con un cariño paternal. Esta sobrina, de edad de diez y ocho años, que tenía por consiguiente veinte años menos que Abelardo, era célebre ya en París por su belleza y por su genio precoz. Su tío el canónigo Fulberto había puesto en ella todas sus complacencias peligrosas de anciano, que adornando con todos los dones de la inteligencia y del arte una naturaleza escogida, no se apercibía de que estos atractivos preparaban una victoria más bella á la seducción, al amor y á la desgracia. Esta sobrina se llamaba Eloisa.

Los medallones y la estatua que la retratan según las tradiciones contemporáneas, y los moldes tomados después de su muerte en su sepulcro, la representan como una joven de una estatura elevada y de una rara perfección de formas. Una cabeza de un óvalo ligeramente deprimido por la contención del pensamiento hacía las sienes, una frente elevada y diáfana, donde la inteligencia campea sin obstáculos, como un rayo cuya luz nadie puede detener; ojos rasgados; una nariz pequeña ligeramente levantada, tal como la escultura la modelaba, según la naturaleza, en las estatuas de las mugeres inmortalizadas por las celebridades del corazón; una boca donde respiran libremente, entre dientes brillantes, las sonrisas del espíritu y la ternura del alma; una barba cercana á la boca ligeramente cerrada hacía el centro, como por el dedo de la reflexión á menudo puesto sobre sus labios; un cuello ancho y flexible que sostenía la cabeza como el loto sostiene la flor ondeante con el viento; hombros contorneados, manos preciosas y pies de diosa; he aquí la estatua; júzguese á la muger, que se la restituya la vida, la encarnación, la mirada, la actitud, la juventud, la languidez, la llama, la palidez, el rubor, el pensamiento, el sentimiento, el acento, la sonrisa, las lágrimas al esqueleto de esta otra tñés, y veremos á Eloisa. Sus facciones, dicen los historiadores de su tiempo y Abelardo mismo, no fascinaban tanto por su belleza como por su gracia especial; la gracia, esta fisonomía del corazón que atrae, que invita, que obliga á amar porque ama. Belleza suprema, superior á la belleza que no obliga más que á admirar.

Pero dejemos hablar á Abelardo.

«Su fama, dice Abelardo, se había propagado por toda la Francia. Todo lo que puede ofrecer la imaginación á los ojos se presentó á mi vista. Eloisa llegó á ser el amor de mis sueños, y creí que podría llegar á hacerme amar de ella; pues yo era entonces tan célebre, y mi juventud y mi belleza añadían tanto prestigio á mi gloria, que no podía ser rechazado por ninguna muger á quien yo ilustrara con mi amor. Me embriagué tanto más con esta esperanza, cuanto que Eloisa era también versada en el estudio de las letras, de las ciencias y de las artes, y porque ya existía entre nosotros una correspondencia poética, y porque me atrevía á escribirle con una libertad menos tímida, lo que no me hubiese determinado á hablarla. Me dejé inflamar por esta pasión; adquirí todos los medios de establecer entre nosotros relaciones de familiaridad y ocasiones de conversacion.»

Nada era más fácil para Abelardo. El tío y la sobrina conspiraban, sin saberlo él, con igual objeto; la sobrina por medio de sus atractivos; el tío por su orgullo. La familiaridad de un hombre tan ilustre era una gloria para una casa. Abelardo hizo insinuar por amigos comunes á Fulberto, que el cuidado de sus asuntos domésticos, siendo para él una importuna diversion á los estudios y á las letras, su pasión dominante, quería emanciparse de estos embarazos del entendimiento y pedir una hospitalidad de familia en una casa honrada y estudiosa donde viviría como hijo en la morada de un padre. Fulberto, penetrado de alegría y de vanidad, ofreció su hogar á Abelardo. Encontraba allí, dijo, la doble ventaja de ilustrar su nombre por la cohabitación con el primer hombre del siglo, y de acabar sin gastos la educación literaria de su sobrina, que aproximada allí á Abelardo, el oráculo del tiempo, llevaría toda la ciencia y toda la virtud á su manantial. Se puede creer también, y todo lo atestiguan, en las complacencias y en los furores futuros de Fulberto, que el tío, entusiasta de Abelardo, y pensando en un esposo para su sobrina, el único, según él, digno de ella, se prestaba, en su interés paternal, á una aproximación, de la cual podía nacer la inclinación y la unión de estos dos corazones.

De cualquier modo que sea, Abelardo habitó en la casa de Fulberto. Esta familiaridad doméstica, favorecida por el tío de esta bella discípula, ofreció al uno y al otro las ocasiones, y se podría decir, la necesidad de amarse. Lejos de oponerse á la dulce intimidad del maestro y de la escolar, Fulberto rogó á Abelardo diese á su sobrina todos los secretos y todas las perfecciones de su ciencia poética, oratoria, teológica, á fin de acabar en ella este prodigio de inteligencia que la naturaleza había comenzado y que la Francia se asombraba de admirar en una muger. Le dió toda su autoridad paternal sobre su sobrina, y según

la ruda disciplina del tiempo, le autorizó hasta para que la pegase si faltaba á la obediencia ó carecía de aptitud para retener sus lecciones; en una palabra, hizo de Eloisa una especie de esclava intelectual, y de Abelardo un maestro absoluto.

Eloisa estaba dispuesta á ver, no solamente á un maestro, sino á un dios en el mas bello y en el mas famoso de los hombres de su siglo. Sus progresos en todas las artes correspondian á los deseos de su tio; Eloisa no trabajaba ya para el mundo, sino para Abelardo; toda su gloria se cifraba en agradarle. La naturaleza, el amor y el genio se ponian de acuerdo para hacer de esta jóven la maravilla de su tiempo.

Abelardo se regocijaba con su obra. Estas dos almas, tentadas por tantas intimidaciones, no podian ménos de caer en el lazo que la imprevisión ó la complicidad les habia abierto bajo tan especiosos pretextos y bajo tan dulces complacencias: el mundo exterior se anonadaba para ellos, porque se amaban. Abelardo, que no tenia ya otro pensamiento mas que Eloisa, cantó su amor en poesías, donde los versos y la música, llenas de un mismo fuego, propagaron el nombre de Eloisa como un secreto celeste divulgado á la tierra, que todo el mundo se confió repitiendo estos cantos divinos, y que concluyó por llegar al oído de Fulberto mismo.

Pero Fulberto aparentó no oír ó no creer esta profanación de su hogar doméstico. Respondía que Abelardo era, por su genio y por su piedad, demasiado superior al resto de los mortales para descender, aun á las seducciones del amor, del cielo de la ciencia y de la gloria, y que su inteligencia habitaba con los ángeles; tal vez de este modo esperaba de día en día que Abelardo, vencido por el atractivo siempre creyente, le pidiese la mano de su discípula, con cuya concesión se creía dichoso.

Sin embargo, Abelardo, combatido entre su pasión por Eloisa, y su pasión por la fama, dudaba miserablemente pronunciarse. Temía, confesándose apasionado por una belleza terrestre, decaer á los ojos del mundo, de aquella reputación de pureza y de impassibilidad platónica que una filosofía etérea habia dado á su juventud. Temía, sin duda, también renunciar, por el casamiento, á aquella perspectiva de dignidad, de honores y de fortuna que la Iglesia, á la cual estaba ya ligado por algunos noviciados, le presentaba. Sus discípulos no reconocían ya en él al mismo hombre. El amor daba en su corazón una dolorosa diversion á su genio. Sus amigos lamentaban á voz en grito su decadencia; habia dejado de ser elocuente; todo el fuego de su alma se evaporaba en suspiros, no quedándole mas que las cenizas para sus lecciones. Se encontraba tan poco semejante á sí mismo que habia renunciado á improvisar discursos donde

no encontrase la imagen y el nombre de Eloisa. Se veía reducido á enseñar de memoria las lecciones que habia profesado en otro tiempo, y á repetirse, temiendo declinar en la estimación pública. Sus rivales y sus enemigos triunfaban; le señalaban con el dedo como un resto de él mismo; le citaban como un escándalo de la debilidad humana; le pisoteaban moralmente como á un dios caído de su pedestal; Eloisa se afligía mas todavía que él al ver la degradación de aquel á quien adoraba; le rogaba de rodillas la sacrificase á su gloria; que se dejase adorar por ella como una divinidad que recibe el corazón y el incienso de los mortales, sin tener otra comunidad con sus adoradores que la adoración que se ofrece; que la amase, si este amor debía debilitar su reputación; y si el amor desinteresado de Eloisa habia llegado á ser una necesidad y un consuelo para él, que la relegase al rango de aquellas mugeres despreciables del mundo, donde ni la religión ni las leyes no son consagradas por los sentimientos. El desprecio del universo sufrido por Abelardo era, decia ella, la única gloria á la cual le fué dado aspirar. Su vergüenza á este precio constituiría su orgullo.

V.

Abelardo, después de deplorables dudas, no pudo decidirse ni á aceptar semejante suicidio de Eloisa ni á declarar su amor delante del mundo. Continuó habitando la casa de Fulberto; cobarde á un tiempo hacia el amor, y cobarde hacia la virtud, flotó entre dos debilidades; no tuvo ni el valor de su pasión, ni le de su gloria. Aquí, como siempre, el corazón de la muger fué varonil, y el corazón del hombre afeminado; pero su amor se alimentaba no obstante con estas angustias.

Fulberto, justamente irritado de un silencio que se asemejaba al desprecio, y que hacia sospechosa su hospitalidad, cerró las puertas de su casa á Abelardo. Esta separación despedazó el corazón de Eloisa, y humilló el de Abelardo. El maestro y la educanda no podían olvidar aquella vida, en que las miradas, las conversaciones, los estudios, los cantos, las contemplaciones de entrambos les habia dado una sola alma. Se volvieron á ver en secreto, y Fulberto se ofendió de este misterio. Abelardo robó á Eloisa, y la condujo respetuosamente á Nantes, á su casa paterna, donde la confió, como esposa suya, á la ternura de su propia hermana. De vuelta á Paris voló inmediatamente á echarse á los pies de Fulberto, imploró su perdón, y obtuvo por su arrepentimiento la mano de su sobrina. Eloisa, perdonada y devuelta á la vez á su tio y á su amante, llegó á ser secretamente la esposa de

Abelardo. «Después de una noche que se pasó rezando en una iglesia de Paris, dice, recibimos por la mañana la bendición nupcial, en presencia del tio de Eloisa, de varios de sus amigos, y de algunos de los míos. En seguida nos retiramos sin ruido, cada uno por nuestra parte, para que esta unión, solamente conocida de Dios y de algunos familiares, no causara vergüenza ó perjuicio á mi reputación.»

VI.

Los dos esposos felices, sin saberlo el mundo, afectaron desde entonces mostrarse raramente juntos, y oír todos los rumores que se habian esparcido acerca de su amor. El mundo estuvo un momento engañado, y Abelardo unió nuevamente á un tiempo las delicias de su amor con el regreso de su gloria.

Pero los criados de Fulberto, confidentes necesarios de estas frecuentaciones secretas, propagaron el casamiento. Los envidiosos de Abelardo triunfaron de su debilidad y le acusaron de haber sacrificado la filosofía, la elocuencia y la gloria á una nueva Dalila. Su orgullo sufrió mucho por esto, y se determinó á negar sus vínculos como si hubieran sido una cosa bochornosa. Hasta la generosa Eloisa, prefiriendo á su propio honor la reputación de su amante, propagó é hizo que se propagase que ella no estaba unida á Abelardo mas que por el culto de la admiración y del amor, comprometiendo así su propia virtud, para hacer que resplandeciese la de Abelardo.

Estos murmullos ofensivos para Fulberto originaron reconciliaciones merecidas contra su sobrina, cuya piadosa mentira deshonoraba su sangre. Abelardo temiendo por ella los resentimientos de su tio, la arrancó nuevamente de la tutela de Fulberto y la condujo á Argenteuil, pueblo inmediato á Paris, á un monasterio de mugeres. Estos monasterios, semejantes á los altares antiguos, daban un derecho de asilo inviolable á las vírgenes ó á las esposas que atravesaban sus puertas; la obligó á que tomara el velo blanco de novicia, sin precisarla á que pronunciara todavía los votos irrevocables. El también se entregó al estado monástico y al sacerdocio, y una vez investido de este carácter sagrado, invistió con sus propias manos á Eloisa el hábito de las servidoras de Cristo, le cortó el cabello, y se despidió de ella, no teniendo ni el valor de reivindicarla para esposa, ni el valor de dejarla en el siglo, al cual renunciaba para siempre. Eloisa, por inmolar su vida á aquel á quien habia inmolido su reputación, se prestó á todo como una víctima que se tiende ella misma sobre el altar de los sacrificios. Todo le era dulce, hasta el suplicio que sufría por la voluntad y por el

VII.

amor, ó mas bien por el orgullo de su esposo. Las puertas del monasterio de Argenteuil se cerraron por causa de la Safo del siglo XI. Belleza, genio, amor, todo fué sepultado en aquellas catacumbas, sin que se oyese durante quince años, los mas floridos años de la víctima, una reconvencción, una queja, un suspiro salido del sepulcro.

Abelardo, libre y purificado á los ojos de sus discípulos, volvió á emprender con ardor y con nuevo brillo el curso de sus lecciones y el imperio de su popularidad; pero la indignación de Fulberto meditaba una venganza. Tres veces engañado en su ternura hacia su sobrina por la seducción, por la perfidia y por la cobardía de Abelardo, se veía arrancar por la misma mano la presencia de su pupila querida, la gloria de su casa, su honor y su felicidad. No habia cultivado con tanto esmero aquella maravilla de su sexo para verla desdenada por el esposo mismo á quien habia en fin cedido, encantada como una concubina, repudiada, despreciada en su ternura, encerrada, en fin, como una arrepentida en un monasterio; separada, jóven y brillante, del número de los vivientes, para apartar una falsa vergüenza de la frente de un ingrato seductor, y condenada á ocultar sus lágrimas en tanto que él se apoderaba de los aplausos del siglo!... No se justificaba la venganza de un padre así ofendido; se esplica; lo habia perdonado todo para que Eloisa fuese la gloriosa esposa del primer genio de su tiempo, y antes de ser reconocida esposa, ya era repudiada! La desesperación encendió el odio, y el odio meditó el crimen.

Las puertas de la casa de Abelardo se abrieron una noche por la complicidad comprada de sus servidores; verdugos guiados y comprados por Fulberto, le sorprendieron durante su sueño; le llenaron de ultrajes y le dejaron bañado en su propia sangre, y degradado para su castigo. La humillación y el remordimiento, peores que el suplicio, hicieron aborrecer á Abelardo la vida que sus enemigos le habian dejado como un suplicio mas. La luz del día le llegó á ser odiosa. La desesperación que esperimentó por este ultraje impune igualó á la gloria vana que le habia conducido hasta la ingratitud y hasta el cobarde sacrificio de Eloisa; no buscó mas que desaparecer de este mundo que habia asombrado con su fama, y que admiraba ahora con su vergüenza.

«Recordé, dolorosamente, escribe, de la manera que brillaba aun la vispera de este día, y por qué pronta ignominia se disipó esta gloria! Vi el justo castigo que Dios me habia impuesto!... Por qué justas represalias el

«hombre á quien yo habia hecho traicion acaba de hacérmela á mí. Me parecía oír las alegres risotadas de mis enemigos, los aplausos que daban mis rivales á esta justicia distributiva. Comprendí que yo no podia ya aparecer delante del público sin ser señalado con el dedo y sin llegar á ser el objeto de una ignominiosa compasion! En fin, el sentimiento de mi degradacion me cubrió de tanta confusion que (lo confieso) fué mas bien la vergüenza que la piedad quien me lanzó en las soledades del claustro. Quise, sin embargo, antes de separarme del mundo, sacar irrevocablemente á Eloisa; por mi orden pronuncié sus votos eternos. Así, los dos en el mismo día abrazamos á un tiempo la vida de los cenobitas; ella en Argenteuil, yo en la abadía de San Dionisio. Comovidos por su juventud y por su belleza, los amigos de Eloisa quisieron en vano separarla del sacrificio que iba á consumir. Ella respondió llorando no por ella, sino por su esposo, con aquellos versos que el poeta romano pone en boca de Cornelia, viuda del gran Pompeyo:

«Oh mi ilustre esposo! oh tú, cuyo lecho no era yo digna de ocupar! Mi fatal destino es el que pesa sobre el tuyo! ¿Por qué, miserable de mí, he formado vínculos que debian traer tu ruina? Toma, recibe en holocausto de tu amante la espiacion de las desgracias que he atraído por mi amor sobre tí!»

«Y pronunciando estos versos en medio de sus sollozos, Eloisa se precipitó al altar como si se precipitara en un abismo; cogió allí el velo fúnebre bendecido por el obispo, y se consagró para siempre, delante del pueblo reunido, al Dios que recibió su juramento!»

VIII.

Tal era la relacion del sacrificio de Eloisa por Abelardo mismo. La sombra del monasterio la cubrió en seguida por espacio de largos años; llama cubierta, pero jamás apagada. Abelardo llevó al monasterio de San Dionisio su inquietud, sus talentos, vivificados todavía por la concentracion sobre el estudio, su ambicion, que no habia hecho mas que cambiar de naturaleza, y aquel celo intolerante de las reformas, por lo que los nuevos prosélitos crecian reparar demasiado pronto sus estravios. Los monges de San Dionisio y el abad que toleraba y dividía con ellos sus desórdenes, se irritaron de sus admoniciones; vióse obligado á llevar sus severidades y sus innovaciones á un convento inmediato dependiente de la abadía de San Dionisio en Denil. Volvió á establecer su cátedra de filosofia, y aturdió de nuevo las escuelas y la Iglesia con el ruido de sus doctrinas y de sus innovaciones en materia de fé.

La Iglesia se ofendió, y no sabemos qué escrito sutil y peligroso sobre la *unidad de la Trinidad*, en la que esplicaba este misterio sin llamar á la fé en ayuda de la insuficiencia de los razonamientos humanos, sirvió de pretexto á sus enemigos ligados contra este importuno innovador. Citóse un concilio en Soisson para que diese cuenta de sus doctrinas, y fué condenado en él solemnemente. Le relegaron para espiar su error al monasterio de San Medard, y allí entró con la desesperacion en su alma. «La traicion de Fulberto, esclama, me parece menos intolerable que mi nueva injuria!» El legado del papa, mas imparcial y mas tolerante le relevó muy pronto de esta pena.

Cuando volvió á la abadía de San Dionisio, halló en los monges unos enemigos implacables, los que no tardaron en declararle *enemigo del Estado, criminal de lesa nacion*, por haber dicho que San Dionisio, obispo de Atenas, convertido por San Pablo, no era el mismo que San Dionisio de Gales, primer obispo de Paris, obligado á desterrarse á pesar de la complacencia de una retractacion que habia hecho para desarmar el odio de los monges de San Dionisio, partió con un solo adolescente, discípulo suyo, á un desierto de la Champagne. Allí, dice, en la márgen de un pequeño arroyo sombreado por encinas y cercado de rosales, me construí con mis propias manos un oratorio, edificado de ramas y cubierto de paja. Me hallaba solo y podia cantar con el profeta: «*He huído; me he alejado, y he habitado en la soledad!*»

Pero no estuvo solo mucho tiempo. El espíritu de discusion y de novedad se extendia en el mundo con tal fuerza, que aquellos que poseian la palabra llevaban en pos de sí poblaciones enteras, ora en clase de discípulos, ora en clase de oyentes. La juventud tenia tal sed de verdad en este siglo, que solo la controversia le parecia un paso hácia el gran misterio, y del choque de las doctrinas contra las doctrinas esperaba siempre ver la luz que no aparecia.

«Cuando supieron el lugar de mi retiro, escribieron Abelardo, acudieron de todas partes mis discípulos, de las ciudades, de los castillos, para construir humildes celdas en mi desierto. Se les vió abandonar sus muelles camas para reposar en gergones, las mesas suntuosas por comidas frugales; así como dice San Gerónimo, que los filósofos de la antigüedad se apartaban de las ciudades, de los jardines, de las campiñas dulcemente sombreadas, de los conciertos de las aves, de las frescuras de las fuentes, de los arroyos murmurantes, que podian encantar los ojos y los oídos, seducir los sentidos y debilitar la virtud. Así como los hijos de los profetas vivian como solitarios en cabañas á orillas del Jordan, alimentándose de raíces lejos de las ciudades y de las pasiones humanas... mis discípulos se construian celdas en las márgenes del Ardu-

ze, mas semejantes á ermitaños que á escolares. Pero mientras mas se aumentaba el número, la vida era mas estudiosa y santa; de manera que mis enemigos veian multiplicarse su vergüenza con mi gloria. Sin embargo, la indigencia era la que me habia obligado á volver á abrir mi escuela. Yo no podia entregarme á los rudos trabajos de la tierra, yo no queria mendigar mi pan. Mis discípulos cultivaban los campos, edificaban las celdas, y bien pronto no bastaron para contener su número. Edificaron un vasto edificio de piedra y madera, y apellidé á este monasterio con el nombre de *Dios consolador, el Paraclito.*»

IX.

Pero los enemigos de Abelardo le envidiaron hasta en el desierto. Vieron ó fingieron ver en el nombre del *Espiritu consolador*, al cual habia dedicado Abelardo su monasterio, una especie de invocacion filosófica en una sola persona de la Trinidad, con exclusion de las otras dos. San Bernardo le designó con la vindieta de la Iglesia, y se vió obligado á desertar del desierto, y á buscar en la estremidad de las costas del mar de Bretaña, un asilo mas inaccesible á la envidia y á la persecucion. Este lugar era la abadía de Gildas en la diócesis de Vannes. Los monges que habitaban allí, degenerados de la santidad monástica de las primeras edades, habian convertido aquel asilo en un depósito de todas las barbaries y de todos los vicios; era un promontorio incesantemente batido por un mar que gemia; montañas de espuma asediaban de día y de noche las empinadas rocas; se hubiera creído que aquel lugar era una nave enteramente á pique en una ribera inaccesible al socorro.

«La vida de estos frailes, dice Abelardo, su superior, era casi indomable. Las puertas de la abadía aparecian adornadas con pies de fieras, trofeos sangrientos de sus cacerías. Los monges aquellos no despertaban sino al sonido del cuerno y á los ladridos de los perros; eran crueles, vivian sin freno en medio de su licencia. En guerra con los señores vecinos, eran á su vez oprimidos u opresores.» Se reian de la indignacion que sus costumbres excitaban en Abelardo, y bien pronto el odio contra aquel que pretendia reformarlos llegó hasta el crimen. Insultado, amenazado, atacado en los bosques, envenenado, dice, hasta en el cáliz del sacrificio, tuvo que huir para libertarse de la sedicion de estos frailes.

Los señores de aquellas cercanías le arrancaron del hierro de los asesinos. Se refugió en un sitio mas desierto todavía de los domi-

nios de su abadía, clamando al Señor para que le libertara de tantas calamidades como el Profeta.

X.

Sin embargo, habian trascurrido quince años en estas ambiciones de saber, de gloria, de santidad, y en estas tribulaciones de la vida, para Abelardo, sin que hubiese dado una sola señal de recuerdo hácia aquella á quien habia sepultado en Argenteuil con el corazón joven todavía. Eloisa no se quejaba ni de esta dureza, ni de este silencio; respetaba como una virtud esta negligencia y este desprecio de su esposo, creyendo que la tierra y el cielo y su propio corazón, no eran buenos mas que para ser sacrificados á este mas grande y mas adorado de los hombres. Abelardo permanecia intacto en su adoracion sobre el altar que ella le habia elevado en su alma. Todos aquellos suspiros eran dirigidos á Dios para él; pero los encerraba entre Dios y ella, temiendo que uno de sus recuerdos ó uno de sus sentimientos no escandalizara al mundo ó no turbase la contemplacion sublime de su esposo. Las puertas del monasterio de Argenteuil no revelaban nada de este inmenso amor que sobrevivía detrás de las paredes.

Una persecucion las rompió. Suger, abad de San Dionisio, pretendia que el monasterio de Argenteuil pertenecia á su orden, y espulsó despiadadamente á las religiosas como á un rebaño sin pastor. El grito de su desgracia llegó hasta los oídos de Abelardo. Sea que sus propios infortunios hubiesen enternecido su alma, sea que la memoria de las felicidades de la juventud, que se reanima en la tarde de la vida como una voz sorda, sea que la comparacion entre la adhesion de esta muger inmólada, las ingraticudes del mundo y la nada de la gloria encendieran en él los santos reconocimientos de un amor mal apagado, Abelardo acudió desde su desierto al socorro de Eloisa, errante y perseguida.

La condujo al *Paracletto* con sus compañeras, les cedió este monasterio, del cual vino á ser la abadesa, y la visitó á menudo para asistir con su presencia y remediar con su fortuna la indigencia de aquella á quien habia abierto aquel asilo. Teniendo entonces mas de cincuenta y ocho años, revestido con el traje sacerdotal, habiendo llegado á ser padre espiritual de esposo carnal que habia sido, el mundo respetó esta union de dos almas tiernas que no tenian de comun en el pasado mas que gemidos, en el presente mas que santidades y en el porvenir el cielo.

Pero sus enemigos no los respetaron: sembraron odiosas calumnias acerca de la pureza